

Yo confío que su amigo M. Aymon de Virieu irá a reunírsele; es un bellissimo sujeto ya entrado en años y que ha de serle de gran utilidad en algunas circunstancias.

*

En esta época fué cuando yo abandoné Roma para ir a Nápoles, en cuya ciudad hice la vida errante y poética descrita en el episodio, verdadero en el fondo, titulado *Graziella* (1) (Véase el primer volúmen de las *Confidencias*).

LXXX

Hay aquí una grande interrupción.

El «diario» no continúa hasta que su hijo ha vuelto de sus viajes, el 24 de Julio de 1812.

24 de Julio.

Más de quince días hace que me encuentro aquí; fué el 7 de Julio el día que vine a establecerme; mi esposo ha estado en la ciudad con Cecilia. Los primeros días creí disgustarme porque no experimentaba el placer ordinario que siento cuando estoy en el campo, pero desde que vine he ido acostumbrándome poco a poco y me encuentro ya muy bien. Mis paseos solitarios, el trabajo y la lectura en compañía de mis hijas y el cuidado de algunos enfermos, todo ha recobrado por mí su interés ordinario, y yo he estado tan bien co-

(1) *Graciella*.—*Rafael*.—Estas dos magníficas y acaso las mejores producciones de Lamartine, se venden en esta Casa Editorial y forman parte de la *Colección de autores ilustres*. Ambas obras forman un solo volúmen.

mo merezco, si puedo estarlo. Solamente Dios sabe cuán escasos son mis merecimientos. Pero esta tranquilidad ha sido turbada por una circunstancia.

LXXXI

10 de Agosto de 1815.

Me encuentro ya en la deliciosa morada de mi cuñado el abate Lamartine, en Montculot, en medio de bosques y de fuentes, en una especie de desierto que parece una abadía. Debiera estar aquí en paz, y sin embargo no es así; los cuidados de madre de familia me siguen por todas partes, incluso aquí mismo. ¡Ah! ¡cuántos reproches debo echarme en cara! Soy extremada en todo, toda del mundo, y en la soledad, acaso demasiada austera; los objetos presentes agítanse con violencia sobre mis sentidos; en fin, yo sufro. Ofrezco todas mis penas a Dios, rezo muy poco y leo mucho; estoy excesivamente impresionada por la brevedad de la vida y la necesidad de prepararme para la eternidad. Trato frecuentemente de penetrarme de lo que recuerdo haber escrito una vez, esto es, que yo no quería considerar más que esta vida como un purgatorio, y que todas las penas que Dios me envíe debo encontrarlas dulces en comparación de las que yo merezco. Lo que me hace temblar es el porvenir de mis seis hijas. ¡Cuántos disgustos preveo en esta causa, pero el tormento que semejante previsión me ocasiona es condenable, porque vengo probando de continuo que el socorro de Dios jamás me ha faltado en circunstancia alguna, y que con mayor fuerza de razón debo yo considerar ser éste el verdadero centro de mi vida.

LXXXII

17 de Diciembre de 1812.

Nuevamente he regresado de Milly para instalarme en la ciudad: al pasar por Changrenon he comido en casa de Mme. Rambuteau, lo cual me ha causado un placer grande, porque hemos hablado mucho de personajes de París que conocimos durante nuestra juventud.

LXXXIII

31 de Enero de 1813.

Mañana se anuncia al fin el casamiento de mi primera hija, con un gentilhombre del Franco Condado que se llama M. de Cessia. Cecilia es muy bella y más joven que él.

A pesar de la diferencia de edad, él es muy bueno y razonable. A los dieciséis años recibió una herida formando parte del ejército de Condé, y cojea un poco. Vive con su padre, que cuenta ya ochenta y seis años, de carácter imperioso y absoluto, y dos hermanos solteros. Es un excelente casamiento que, aunque me preocupa un poco, espero ha de hacer la felicidad de mi Cecilia.

Alfonso está en París; ha sido muy bien acogido por M. de Pansey, consejero de Estado y presidente del Tribunal de casación. La prima de Alfonso, Mme. de Pré, quien vive en compañía de monsieur de Pansey, es una persona muy amable, aunque de mucha edad. Me admira que en las postrimerías de la vida y cuando vamos a perder ya todo lo que pertenece a este bajo mundo, seamos todavía sensibles a la ambición...

He penetrado en el cuarto de Alfonso y exami-

nado sus libros, quemando aquellos que yo creo perjudiciales: he encontrado el *Emilio*, de J. J. Rousseau; me he permitido leer algunas páginas; no me pesa, porque los párrafos que he visto me han parecido magníficos, y me han hecho un gran bien, tanto, que voy por mí misma a copiar alguno. Es bien sensible que semejante libro esté envenenado por tantas extravagancias, buenas únicamente para auyentar la fe y el buen sentido de los jóvenes. Quemaré este libro, y sobre todo, la *Nueva Eloisa*, más peligroso todavía, porque éste exalta las pasiones al propio tiempo que debilita el espíritu. ¡Qué lástima que un talento tan grande como el de Rousseau enloquezca de este modo! Yo no temo nada por mí, puesto que mi fe está bien cimentada y es superior a toda tentación; pero y mis hijos, Dios mío?...

Por causa de Alfonso he tenido hoy un gran disgusto: han enviado de Lyon y de Italia a sus tíos y tías gran número de notas por las muchas deudas que ha contraído durante sus viajes; la familia, que sabe que yo le mimo, me hace responsable de sus desaciertos; me han hecho en este sentido muchos cargos, por lo que he derramado lágrimas de amargura. ¡Ah! efectivamente: ¡las faltas de mi hijo son mis faltas! ¿Por qué no hube de ser yo más severa para él desde un principio? El hubiera temido el disgustarme, de esto estoy bien segura: es verdad que no me amaría, tal vez con la misma pasión, y que después, por circunstancias más graves, el temor de afligirme hubiera sido tal vez para él como una segunda conciencia. Todo se pagará, pero antes, pagaré yo en reproches fundados y lágrimas amargas las ligerezas de mi pobre hijo!

Ahora se encuentra en París; M. de Larnaud, excelente sujeto de ingenio distinguido, vive en

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. B. N.

el mismo hotel y es íntimo amigo de mi cuñado, quien acaba de recibir una carta confidencial de su amigo Larnaud, en la que se le advierte que su sobrino está en peligro, porque, arrastrado por sus amigos, se deja dominar por la pasión del juego; que pasa las noches en casa de M. de Livry, casa en la cual puede perder fácilmente toda su fortuna, que si bien es cierto trabaja la mayor parte del día con gran asiduidad, el cansancio del estudio y el poco dormir pueden quebrantar su salud, si no lo alejan de París a todo trance.

Al saber esto, me he puesto en camino inmediatamente para París, en compañía de mi segunda hija Eugenia, de quien he hecho mi confidente. He tomado de la gaveta de mi marido todo el dinero que dejó en ella cuando salió para Borgoña, donde se encuentra en casa del abate de Lamartine. Mi amiga Mme. Paradís, mi cuñado, monsieur de Lamartine y mis cuñadas, me proporcionarán más. He escrito a mi esposo para prevenirle que él dirigirá naturalmente a nuestro hijo al saber el género de vida que hace.

Al llegar a París no quise apearme en el mismo hotel donde se aloja Alfonso para no causarle una emoción de sorpresa demasiado fuerte y dolorosa, y porque yo temblaba con motivo de la carta del buen M. de Larnaud, ante el temor de que mi hijo estaría muy cambiado, y que semejante cambio podría afectarme de una manera bastante visible a sus ojos, al encontrarme frente a frente sin ningún preparativo anterior.

Determiné, por lo tanto, visitar antes secretamente a M. y Mme. de Larnaud, para que me lo contase y prevenirlo todo convenientemente. Descendí, pues, ante una fonda de la calle Richelieu, muy cercana a la que él habita; era aún de día.

¡Dios mío! ¡cuánto sufría al retardar hasta el día siguiente el placer de abrazarle, así como decirles al visitarles, M. y Mme. Larnaud! Estaba yo abatida por la inquietud llorando y rogando sentada en un canapé, con los balcones abiertos. Eugenia se asomó a ellos para ver pasar los coches que se dirigían a la Opera o al teatro Francés; de pronto lanza Eugenia un grito, diciendo: «¡Mamá, ven, creo que veo a Alfonso!» Corrí a la ventana y le reconocí efectivamente: Iba en un elegante cabriolé que él mismo guiaba, acompañado de otro joven; su aire era alegre y animado, lo cual me quitó gran parte del pesar que me oprimía; acababa de ver que estaba bien. Todas mis inquietudes desaparecieron al verle; no quise en manera alguna interrumpir su diversión de aquella noche.

*

Al día siguiente me levanté temprano, con la impaciencia de ver a mi hijo, y preocupado por el efecto que le había de producir mi visita, y el temor de encontrarle delicado, poco dispuesto para venirse conmigo, o acaso enredado en algún mal negocio. Por fin le escribí dándole cuenta de mi viaje y de las razones que lo habían motivado: se presentó inmediatamente y pareció como que se admiraba mucho de vernos, sintiendo y deplorando la conducta que habíamos observado. Su salud me pareció menos mala de lo que yo temía; me dijo que por ser yo quien había ido a buscarle, se vendría a Mâcon, pero que con ninguna otra persona se hubiera venido; me ha pedido algunos días para arreglar sus negocios, y yo le he concedido ocho: estos días los aprovecharé enseñando a Eugenia todo lo más notable que París encierra.

*

Sigue el «Diario» con una extensa reseña de París, sus museos y edificios más notables: expresando deseos de presenciar alguna diversión pública, de lo que se abstiene por escrúpulos de conciencia.

*

Alfonso nos ha conducido hoy a Saint-Cloud en un cabriolé; es un sitio en el cual pasé la mayor parte del tiempo de mi niñez, cuando mi madre educaba a los hijos del duque de Orleans; en aquellos fuí yo extremadamente feliz; salí de allí a los quince años, y desde entonces no había vuelto a ver aquellos lugares, a pesar de que tenía grandes deseos y muy gratos recuerdos de ellos. He pasado todo el parque acompañada de Alfonso y Eugenia; les hacía notar árbol por árbol todos los sitios en donde había yo jugado cuando niña; hubiera querido poder enseñarles las habitaciones, pero esto no fué posible porque la emperatriz María Luisa las tiene actualmente ocupadas.

He dado a Alfonso todo el dinero que yo me había traído, para pagar las deudas adquiridas en el juego.

Me he dejado llevar a la Opera por M. y madame de Larnaud, quienes me han asegurado que semejante espectáculo no viene a ser más que una academia musical, y por consiguiente, la Iglesia no lo prohíbe. Me he alegrado mucho de verlo, porque tenía de ello una idea bastante exagerada; no me ha producido la extrañeza que yo me figuraba, según lo que había oído decir, antes al contrario, he notado una impresión de compasión

a la vez por aquellas gentes cuando he oído decir. He ahí la reunión de todas las artes, de todas las reputaciones y talentos, ¿y esto es lo que ha concedido la celebridad de todo el mundo? ¿nada más que esto? Así como una gran función de polichinelas. Un juego de niños bien combinado, cuatro diabluras, un poco de fuego producido con alcohol, contorsiones de toda especie y máquinas cuyos secretos se adivinan en seguida, ¡esto es todo! ¡hombres! ¡hombres!...

Cuando sentí verdadera compasión por el público, que llenaba el teatro, fué al advertir que muchas personas demostraban fastidio y otras permanecían dormidas desde que dió principio el espectáculo.

He conseguido alejar a mi hijo de aquel abismo de seducciones. He vuelto por Rieux, tierra de mi padre, en donde he pasado quince días al lado de mi hermana. El día antes de mi salida mandé celebrar una misa en memoria de mis padres junto a su tumba, donde descansan sus cenizas.

El recibimiento de mi marido y de la familia ha sido muy tierno para mí, como frío para mi hijo. Hemos vuelto a Milly. Alfonso parece conformado con esta soledad; trabaja, lee, escribe; siempre en su cuarto; por la noche, junto al hogar, se habla con los vecinos de las derrotas de nuestro ejército y de las calamidades que las locuras de Bonaparte han atraído sobre Francia. La Europa entera se ha puesto sobre él: ¿qué será de esta desgraciada Francia, invadida por innumerables ejércitos éxtranjeros que ha provocado al mismo tiempo, así en España como en Rusia y A'emia? ¡Dios mío! ¡cuán cara tienen que pagar los pueblos la pretendida gloria de los conquistadores y de los ambiciosos!

Todos los hombres solteros han sido llamados

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. N.

a las armas, los impuestos se han cargado extraordinariamente. Nosotros, por economía, hemos vendido nuestro caballo.

LXXXIV

31 de Diciembre de 1813.

Estamos refugiados en Mâcon; todos los días corre la noticia de que los enemigos van a venir, hay quien asegura ya que han pasado por Génova. He ido a Milly para esconder un poco de trigo por lo que pueda ocurrir, que me parece será de importancia. ¡El año que hoy acaba ha parecido un sueño sangriento de Bonaparte! ¡Qué será, Dios mío, el que empieza mañana! Tengo esperanza de que caerá...

*

Estos puntos suspensivos indican bien claro su deseo de la caída de Bonaparte y de la vuelta de los Borbones, los reyes queridos de su niñez.

LXXXV

9 de Enero de 1814.

Han llegado los enemigos hasta Besançon junto a Lyon; se espera en este sitio una batalla: no sé si deba preocuparme o no por este esperado acontecimiento: el peligro produce sangre fría y concentra en el corazón todas sus fuerzas. Espero y creo en Dios.

Las gentes están agitadísimas, y cada cual se deja llevar por sus opiniones. Hago esfuerzos para no decir nada en contra del espíritu de paz y ca-

ridad que debe reinar entre los verdaderos cristianos, y a pesar de mi excesiva moderación soy criticada. No importa, tengo fuerza de voluntad para sufrirlo todo.

Mis ocupaciones y mis gastos son grandes; tengo poquísimos dinero, puesto que mi viaje me arruinó, y mi marido no quiere reducir nuestros gastos.

*

Hasta el día 10 de Marzo de 1814 el «Diario» no es más que un relato confuso de maniobras de los ejércitos austriacos y franceses, que toman y vuelven a tomar, cada uno a su vez, la ciudad de Mâcon y demás poblaciones vecinas. La batalla del 10 de Marzo entre los soldados de Engereau y los del general austriaco Bianchi, a las puertas de la población, se observa con todas sus peripecias en el hogar desgraciado de la atribulada madre que tiembla por la vida de su familia.

*

El día 10 (jueves) han tenido otra batalla; los franceses, en número de doce mil hombres, han atacado para rechazar a los austriacos. El combate ha durado desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde con igual ardor por ambas partes, pero al fin han sido rechazados los franceses. Las pérdidas han sido casi iguales entre ambas partes; el número de muertos y heridos dicen que asciende a cuatro mil hombres. No hemos estado un momento sin oír cañonazos ni ver pasar heridos. ¡Qué horrorosa jornada!

Después de la batalla, la noche que ha precedido al siguiente, han sido saqueadas casi todas

las casas de los alrededores de Mácon y muchas de la misma ciudad, como la mayor parte de los arrabales de San Antonio y la Barre. Se han cometido muchos excesos de todas clases: He aquí el resultado de esta guerra cien veces maldita. ¡Qué inmensa responsabilidad para los culpables de estas desgracias! Pobres madres que ignoráis en este momento la muerte de vuestros hijos cuál será vuestro desconsuelo al recibir la infausta noticia!

*

Muchas señoras, el señor cura y yo nos hemos presentado al general Bianchi, rogándole cesara el saqueo. Este general nos ha recibido muy cortésmente, pero nos ha dejado ver que no se juzgaba dueño de dominar por completo el pillaje: me parece, sin embargo, que ha tomado alguna medida en este sentido, porque durante la noche han recorrido el pueblo patrullas de soldados a caballo.

LXXXVI

17 de Marzo de 1814.

Se encuentra refugiada en mi casa mi hija Cecilia, que ha venido huyendo del Franco-Condado; el día 9 de Marzo alumbró entre el tronar de los cañones y los gritos lastimeros de los heridos. Por todas partes hay soldados; estamos abrumados de gentes a quienes alimentar; tenemos un general en casa, y damos de comer a los que le acompañan, en número de 28. Nos tienen arruinados.

Alfonso está en Milly, en donde hay igualmente unos trescientos hombres; cuatro oficiales se alojan en la casa con sus caballos y sus asistentes. Se están temiendo siempre nuevas batallas; sin embargo, creo que se irán alejando de estos conornos, porque las tropas francesas se encuentran junto a Villafranca, y los austriacos entre esta ciudad y sus cercanías.

Mi hijo Alfonso salió el 10, con M. Pierreclos, para asistir a la gran batalla frente a Villafranca. Estuvieron un momento cercados por un cuerpo austriaco que se adelantaba oculto detrás de una montaña. La velocidad de sus caballos les salvó; sin embargo, algunas balas atravesaron sus vestidos y uno de los caballos quedó herido. A pesar de este percance, pudieron llegar a Pierreclos y a Milly, abandonados ya en estos pueblos por el enemigo.

Ayer tuvieron otra batalla junto a Villafranca, en la que los franceses fueron rechazados; se dice que las pérdidas han sido grandes por ambas partes. Han entrado gran número de heridos. ¡Dios mío! ¿cuándo se apaciguará vuestra cólera? ¡Perdonad nuestras faltas y haced que nuestros males terminen!

LXXXVII

Domingo, 20 de Marzo de 1814.

Toda la noche hemos tenido alojados algunos oficiales y soldados; cuerpo de guardia y centinelas en toda la casa. Por fin se han marchado. Todo esto nos cuesta grandes tesoros, además de las cantidades que ellos nos exigen en calidad de contribución.

LXXXVIII

Jueves Santo, 7 de Abril de 1814.

El domingo, día 20, fué tomada la ciudad de Lyon. El general Augereau, que mandaba las tropas francesas, cesó el tiroteo junto a las mismas puertas de la ciudad; el alcalde capituló, dejando tiempo bastante a las tropas francesas para retirarse, lo cual verificaron por la puerta de la Guillotiere, al mediodía de la ciudad. Ni el menor desorden hubo en Lyon.

Este hecho nos ha causado gran alegría, porque de seguir mucho tiempo este continuo alojamiento de tropas, quedaríamos completamente arruinados.

Ha venido a vernos nuestro hijo Alfonso, que se encuentra en Milly administrando nuestras propiedades y los pueblos que lo han nombrado alcalde. Los aldeanos lo quieren mucho. Les ha enseñado los medios de hacer economías y contribuído él mismo a realizarlas. Todos dicen que se ha portado muy bien durante su gestión administrativa. Estoy de ello muy satisfecha.

Según se dice, nuestra querida Francia, muerta en la actualidad, resucitará, saliendo de la tiránica opresión en que está sumida dos años hace.

LXXXIX

10 de Abril, día de Pascua.

Lyon, Burdeos y París han levantado bandera blanca, y se han puesto la escarapela del mismo color; Bonaparte ha sido declarado indigno del trono que no ha sabido sostener, y dicen que irá a la isla de *Elba*, que le ha sido concedida en soberanía, además de seis millones de renta anual.

Llega en este momento un correo de Lyon con bandera blanca; el ayuntamiento de aquí se ha reunido para resolver si se declararía la caída de Bonaparte y la soberanía de los Borbones. Mi marido, mi yerno M. de Cessia y Alfonso, han asistido; yo les animé cuanto pude, porque para Francia no hay más salvación que la conciliación con Europa, bajo la salvaguardia de los antiguos reyes que hoy se encuentran desterrados. No creo que sea imprudente declararlo desde luego: el extremado ardor con que yo defiendo lo que creo justo, me está produciendo serias desazones; se me ha tachado de imprudente. Nada sabemos aún de positivo sobre los acontecimientos actuales; se dice que París fué tomado el 31 de Marzo, y estamos a 10 de Abril sin haber recibido todavía noticias oficiales. Se temía igualmente que hubiera algún trastorno con motivo de los pronunciamientos, y algo debe haber de verdad sobre esto porque anoche hubo en el paseo una intentona.

Hoy hemos pasado sin saber noticias de París, el pueblo estaba excitadísimo, cuando allá sobre las seis de la tarde llegó un correo portador del *Senatus consulto*, que declaraba la caída del imperio. El gozo fué grande. Este aumentó por la noche con las noticias que se recibieron de la abdicación de Napoleón y la exaltación de los Borbones. Todo el mundo estaba en el paseo; éste parecía atestado materialmente, el tiempo era magnífico; hablábase las gentes sin conocerse apenas. Se reunían, se felicitaban, se abrazaban; era aquello una manifestación general de entusiasmo. Hubo luego iluminación y se prolongó el paseo hasta la madrugada.

Al día siguiente tuvo lugar la solemne proclamación del nuevo orden de cosas, con músicas y luminarias; se dieron gritos de *¡viva el rey!*

He tenido hoy a comer y almorzar a muchos miembros del consejo provincial, que han llegado de Mácon, donde han sido convocados por el gobernador de la provincia.

He salido para Milly con mis tres pequeñitas. Estoy contenta y necesito pasar aquí algunos días de reposo para ordenar en calma las ideas que agitan mi cerebro.

Mañana procuraré escribir algunas reflexiones que me han sugerido los acontecimientos ocurridos.

*

En las reflexiones que vamos a copiar, escritas en su retiro de Milly, se advierte desde luego el sentimiento, tanto tiempo comprimido, que la madre de familia abrigaba contra la dominación militar de Bonaparte, y los deseos de que la Francia estuviera gobernada por un gobierno más pacífico, que ella creía de buena fe había de ser el de los Borbones, a cuya familia amaba desde su niñez. Esta página viene a ser el lirismo de la esperanza, después de la desesperación. Un régimen tan odiado por las mujeres no podía ser por ningún estilo todo lo popular que los historiadores del partido quieren hacernos creer.

Continuemos leyendo las impresiones de aquella madre amantísima.

*

Milly, viernes 15 de Abril.

Señor, jamás hubo en el mundo una criatura más colmada de vuestros beneficios que esta humilde pecadora. A medida que voy avanzando en edad, me encuentro rodeada cada día de una pro-

tección particular de vuestra divina piedad. En medio de todo lo que acaba de suceder, no he sufrido particularmente una sola desgracia. Mis hijos se encuentran todos a mi lado. Conservo a mi único varón, cuando tantos otros padres han perdido los suyos. Su salud se modifica de continuo, tanto, que puede decirse ya que está del todo restablecido. Todo lo que os pido, Dios mío, es que le hagáis un buen cristiano. Combato, por mi parte, todo lo que puedo, todos los impulsos que la ambición pretende encender en mi pecho; todo esto que pido es en bien de mi hijo, de su alma. Pero al pedir en bien del alma (y no deseando realmente más que eso), siento una tristeza y un desfallecimiento que me causa horror. Acaso este será un castigo de Dios por haberme inclinado demasiado a las cosas mundanas, será que se me advierte la pérdida de los goces verdaderos; yo así lo creo, porque antes de ahora, cuando me dedicaba a Dios solamente, era feliz en mi retiro, me alzaba sobre las miserias terrenales y sentía una inexplicable alegría, pero en la actualidad no puedo, sin esfuerzo, alcanzar este entusiasmo celestial. ¿Será que mis sentidos se entorpecen al peso de los años? Sin embargo, mi salud es buena y mejor que otras veces, lo cual es todavía otro de los favores por que debo dar gracias a Dios. Mis hijas están igualmente buenas, creciendo a mi lado en virtud y hermosura, porque sus figuras son simpáticas y su piedad grande: tanto es así, que yo misma, algunas veces, he notado escrúpulos excesivos en ellas que me he visto obligada a combatir. Cecilia y su marido están todavía con nosotros; su hijo, mi nietecito, se está haciendo cada día más hermoso; su madre se lo cría, y hace en esto muy bien; nunca me ha gustado dar los niños a manos mercenarias.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE CHICAGO
U. A. B. B.

Va mejorando nuestra fortuna. Gozamos de la consideración y aprecio de cuantos nos rodean y esto es una parte de los beneficios que Dios me concede. Siempre debiera estar de rodillas para darle gracias o al menos ocuparme continuamente de mis deberes proclamando su gloria, y empleando por él todos los instantes que me concede y que tan buenos son, entre tanto que otros sufren amargamente.

*

Dios, porque es eterno, es paciente; esta frase no sé si de Bossuet o de San Agustín, la recuerdo estos días al reflexionar sobre la caída de Napoleón. ¡Qué ejemplo de la divina justicia!

¡Cuántas ambiciones ha despertado el ver este coloso de la gloria elevado sobre el inicuo pedestal de barro! Europa entera parecía humillada bajo su poder; no tenía él más que desear y emprender cualquier cosa, para verla realizada antes de que su misma ambición pudiera apetecer. Mientras fué instrumento divino, nada pudo sostener el curso de sus conquistas, de sus devastaciones, del trastorno general que parecía efectuarse por él, sobre toda la superficie del globo. No podía decirse a cuál virtud lo debía, porque la iniquidad le llevaba encadenado a un desenlace ruidoso y brillante a la vez ciertamente. Pero vosotros, los que, alucinados por esa gloria, admiráis al coloso de la maldad, escuchad; escuchad, sí, un momento; atended un instante y veréis este prodigio disipado, desvanecido, destruído en menos tiempo del que necesitó para elevarse. ¿Dónde encontrar el rastro de su paso? Porque habéis de saber que le servirá de mortaja lo mismo que se ha dado en llamar su gloria, para ser enterra-

do bajo las ruinas de diversas naciones y de montones de cadáveres sacrificados a su ambición desmedida, a su crueldad sin límites.

Empieza a renacer el reinado de San Luis con la ayuda y bajo la protección divina.

Ensalcemos la bondad de Dios con cánticos de alabanza que resuenen sin cesar sobre la tierra.

¡Qué todas las madres enseñen a sus hijos himnos de gloria y de ventura que ensalcen y glorifiquen la paz y la armonía!

*

Desde luego se comprenderá que un hijo cuya sangre era la de madre semejante, y que además había estudiado en la historia de la antigua libertad, no fuera jamás partidario de Napoleón Bonaparte.

XC

9 de Mayo de 1814.

Ha sido nombrado mi esposo miembro de una comisión que debe ser portadora de la adhesión del consejo general del departamento a los pies del trono; partieron el 28 de Abril. Voy a salir inmediatamente para Lyon, pues quisiera estar allí para ver pasar a la señora duquesa de Orleans, que se dice vendrá dentro de pocos días.

*

Este viaje no se efectuó, porque mi padre volvió de París después de haberme visto los príncipes, a los cuales era y fué invariablemente adicto, pero sin alardear de ello. Se le ofrecieron gra-

El manuscrito de mi madre.—9

dos y pensiones a los que tenían derecho y que fueron repartidas entre los oficiales que igual que él se habían separado de sus regimientos por no jurar lo contrario a lo que su conciencia les dictaba. Todo lo rehusó mi padre, pues decía que no quería gravar el estado de la nación cobrando un sueldo que en aquellos momentos no necesitaba, tanto más cuanto la Francia se encontraba arruinada por el pago de tanta indemnización como los invasores exigían. Léese en el «Diario» de mi madre su admiración vivamente expresada por el modesto y patriótico desinterés de mi padre. Pasadas estas agitaciones, vuelve a la soledad, donde únicamente goza su alma de completa tranquilidad.

XCI

Milly, sábado 17 de Junio.

Sólo en este pueblo me parece que gozo de paz y encuentro libre mi espíritu. Aquí solamente puedo darme cuenta de todo lo que pasa por mi alma, sobre todo durante las excursiones solitarias que acostumbro a hacer por la campiña. He estado aquí dos días, y vuelvo a partir esta noche a pesar mío. El campo es delicioso en este tiempo, yo estoy siempre alegre en la época que atravesamos; alegre he dicho, ¡quién sabe si algún grave pesar moral mata mi dicha! A bien que existen pocos pesares y sufrimientos que los deliciosos hechizos de la Naturaleza no consigan hacer olvidar.

Dice Mme. Staël en un libro que ayer leí, que para compenetrarse con la Naturaleza es preciso amar a la religión. ¡Oh! ¡sí! es indispensable la religión para disfrutar de los beneficios que Dios proporciona. Por otra parte, ¿no llena nuestros

corazones por entero? ¿No es todo amor? ¡Oh! ¡cuánto compadezco a las almas heladas y secas, que no han sido calentadas jamás por su divino entusiasmo! Los que poseen estas almas carecen de sentidos. Algunas veces he reflexionado sobre esta idea que tengo: ya no sé si estoy en un error, porque puede ser que haya, tal vez para ellas, en la eternidad otro género de facilidades más tranquilas y menos inefables que las que serán otorgadas a las almas ardientes y sensibles, que parecen haber recibido mayor cantidad de espíritu de vida y de amor; pero así tampoco serán ellas más reprehensibles, si desprecian sus tesoros o si los prodigan tontamente a viles criaturas que no pueden dar en cambio otra cosa que la muerte y la nada! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! yo he probado frecuentemente y con grande amargura este error cruel que se encuentra siempre adherido a todo lo que no es Vos. Haced que yo renuncie a semejante error, que yo sea vuestra en todo tiempo y lugar. Semejante dicha la he yo reconocido y no ha faltado jamás, siempre que la he buscado en su único origen: en Vos mismo.

Todos los jóvenes de la nobleza y de la clase media realista, se han afiliado en la guardia de Corps. Mi hijo Alfonso también pertenece a este distinguido cuerpo, y está muy satisfecho de haber ingresado en el ejército: yo también estoy muy contenta, al menos está ocupado en algo. Cuando no presta servicio en las Tullerías, permanece en Beauvais, y dice que pronto vendrá a pasar con nosotros el correspondiente semestre de licencia. No creo que permanezca mucho tiempo en el cuerpo, a pesar de su ardor de militar, porque tiene la imaginación demasiado viva y el espíritu demasiado inquieto para amoldarse a la disciplina de los tiempos de paz. Su padre, sus

tíos y yo, estamos muy contentos de que haya dado, como todos, pruebas de fidelidad a los Borbones: siempre será ello pasar algunos años, después... quién sabe lo que ocurrirá. El príncipe de Foix, su jefe, está, según dice, encantado de su figura. Le han nombrado inmediatamente instructor del picadero; estará en su elemento, porque, después de los libros, lo que más ama son los caballos. Su entusiasmo por la equitación es delirante.

Por espacio de algunos días se interrumpe la relación del «Diario».

XCII

25 Marzo de 1815, día de Pascua.

¡Qué diferencia entre el día de hoy y el de igual fecha del año pasado! Nuestra paz ha sido un sueño solamente.

XCIII

22 de Julio de 1815.

¡Con razón decía yo que nuestra paz había sido un sueño solamente! ¡Cuán cruel ha sido al despertar! Otro sueño de desdichas que ha durado tres meses; pero volveremos otra vez, así lo espero a ser dichosos. ¡Quiéramos Dios que así sea para todos! La vuelta de Bonaparte nos ha costado muchísima sangre. La Francia está arruinada. Tenemos todavía en nuestro suelo muchísimas tropas extranjeras, y temo que el tratado no esté firmado aún, pero entretanto las condiciones son crueles. Esta es nuestra situación.

No he de repetir aquí todos los acontecimientos surgidos durante estos últimos ocho meses; demasiado escritos quedarán en todas partes. Solamen-

te diré que a los primeros rumores de la vuelta de Bonaparte, Alfonso corrió a París, a donde le llamaban sus aficiones y su deber; que acompañó al rey hasta Béthune en medio de las mayores penas y fatigas; que una vez allí, después de recibir la licencia y las gracias de los príncipes, volvió a reunírseles rodeado también de grandes peligros; y que, algún tiempo después, volvió a salir para Suiza. Pero ocurrió la batalla de Mont-Saint-Jean, regresaron nuestros príncipes y regresó también Alfonso a la patria, dirigiéndose a París, donde actualmente se encuentra haciendo las diligencias necesarias para obtener un empleo diplomático. Abrigamos muchas esperanzas de conseguirlo.

¡Qué horribles angustias hemos pasado! Basta decir que Mâcon ha sido tomado a mitad de la noche, que yo desperté a las dos de la madrugada entre el espantoso estruendo de los cañones, obuses y fusilería, vivísimo en todas las calles, y los más siniestros gritos de desesperación y de dolor. Nos creíamos todos perdidos. Me levanté de la cama e hice levantar a Cesarina, la única de mis hijas que se encontraba conmigo a la sazón, y una y otra, puestas de rodillas ante un Santo Cristo, esperábamos el momento del sacrificio ofreciendo nuestras almas a Dios.

Luego pareció irse calmando todo. Los austriacos quedaron triunfantes, pero no abusaron de la victoria; hubo algunas casas saqueadas, pero fueron aquellas en que se defendió el enemigo. Nosotros no recibimos el menor daño personal, gracias a Dios, pero materiales, ¡tenemos ya sufridos tantos!

He aquí lo que me ocupó después del día 17 de Septiembre: Cecilia, hace como cinco semanas, tuvo una niña que se cría ella misma y se llama

BIBLIOTECA UNIV.
U. A. B. H.

Celenia. Todo sigue muy bien. Alfonso sigue en París aún. Tanto como deseamos las mujeres ser madres, y ¡ay! el serlo en estos tiempos hace temblar el espíritu más fuerte.

XCIV

Nuevamente sonrío a mi madre la dicha, y sólo satisfacción y contento rebosan sus escritos. El día 15 de Octubre de 1815, se publicaron los esponsales de su segunda hija Eugenia, con monsieur Coppens de Hondshoote, joven oficial, lugarteniente coronel del regimiento que guarnece Mácon, hijo del antiguo señor de la villa de Hondshoote en Flandes. Una simpatía mutua condujo el asunto rápidamente a su desenlace. Celebróse la boda en Mácon en el mismo día en que se inauguró una iglesia nueva. En la descripción de esta ceremonia de familia se adivina una alegría maternal inexplicable.

*

Acordóse que la boda se celebraría en la iglesia nueva que debía bendecirse en igual día; pertenecemos a esta parroquia, y estaba muy cerca de nuestra casa. Luego, después de la bendición nupcial, que atrajo mucha gente a la iglesia, nos retiramos. Todos mis hijos venían junto a mí; Cecilia y Alfonso habían llegado hacía poco; mi pequeña Alicia estaba también; el tiempo era precioso: nos acompañaba toda la oficialidad con su música tocando alegres aires. Eugenia estaba encantadora: llevaba un vestido de tul bordado, un velo de raso blanco, una guirnalda de lirios y rosas blancas y un ramo de las mismas flores; es-

taba verdaderamente hermosa. Su marido, que tiene una arrogante figura, iba radiante de satisfacción. Las calles estaban atestadas de gente, así como la iglesia y sus alrededores; al volver tuve muchísimo miedo de que hubiese alguna desgracia, pero se tomaron muchas precauciones para evitar los accidentes que la aglomeración de gente pudiera ocasionar.

Casi todo el pueblo estaba invitado a pasar la velada en nuestra casa. Como es natural, hube de trabajar mucho para preparar el recibimiento a tan numerosa concurrencia. Había dispuesto la sala comedor, que es muy grande, para salón de baile; la hice tapizar de un tejido verde, e iluminar muy bien. El coronel nos mandó la música del regimiento, que fué colocada en una habitación contigua, produciendo muy buen efecto, combinada con el salón; mandé quitar la cama de mi cuarto que es muy espacioso, e hice colocar una mesa para setenta cubiertos aproximadamente, y otras dos en la que podían acomodarse otros tantos entre una y otra. En un gran gabinete, situado junto a mi dormitorio, había igualmente otra mesa para que los caballeros pudieran cenar a media noche con toda la libertad. Todo esto me dió mucho trabajo ciertamente, pero yo lo hice con mucho gusto y todo salió perfectamente. Todo el mundo se retiró a la hora conveniente; estuve bastante agitada y no fui yo seguramente la única. Cesó la algazara, acompañamos a los novios al dormitorio y yo me retiré igualmente, después de rogar a Dios por mis hijos y por mí.

Al día siguiente, asistí a la misa mayor, en que oí un buen sermón pronunciado con motivo de la inauguración de la nueva iglesia.